

CARNAVAL



Anilú Hernández Bastida

cuentos



CARNAVAL

Anilú Hernández Bastida

CUENTOS



LOS OTROS LIBROS

La presente obra es resultado del Seminario de Cuento Efrén Hernández del Fondo para las Letras Guanajuatenses, cuyo asesor fue Marcial Fernández.

Primera edición, 2019.

D.R. Anilú Hernández Bastida

D.R. Editorial Los Otros Libros
Pedro Hernández Valenciano No. 36
Col. Mineral de la Hacienda C.P. 36250
Guanajuato, Gto., México
www.losotroslibros.com

Cuidado y diseño editorial: Ana Paulina Calvillo

Los Otros Libros promueve la libre difusión del arte y la cultura, es por ello que alienta a los lectores a descargar y compartir las publicaciones de la editorial.

Agencia de viajes México

Caminaba por las calles del Centro Histórico de la Ciudad de México en busca de un sueño corto, pues corto era también mi presupuesto; sin embargo anhelaba salir dos o tres días de la necia ciudad y estar junto al mar. Cancún o Vallarta hubieran sido excelente destino, pero me conformaba con un viaje hacia Acapulco. Había oído decir a los mayores de cincuenta años que el famoso puerto fue el sitio donde se materializaron algunas de sus más memorables fantasías de juventud.

Me dirigí pues a la calle de las agencias de viajes. Apenas tuve la intención de entrar en una de ellas cuando fui interceptada por un tipo que, folletos y

fotografías en mano, me aseguró tener los mejores y más económicos viajes a Acapulco. “¡Curiosa coincidencia!”, pensé, y me dejé encantar y conducir hacia sus oficinas. Ahí, me integraron a un grupo de seis personas que ya se acomodaba en el pequeño salón, que no era más que un sencillo cuarto mal acondicionado e iluminado por la luz que entraba a través de dos ventanas chuecas. El espacio estaba ocupado por un par de escritorios de medio uso, algunos cromos de destinos turísticos y sillas tubulares de asiento acojinado que se notaban gastadas.

El personal de la agencia preguntó si alguno de los ahí presentes ya conocía los servicios. Todos aseguramos estar ahí por primera vez. Así, los agentes comenzaron la explicación con libertad y entusiasmo para dar a conocer lo referente al viaje prometido. La atmósfera del pequeño cuarto se

llenó de tantas promesas que llegó un momento en que, emocionados, queríamos saber qué se necesitaba para encontrarse lo más pronto posible en los lugares turísticos. A todo esto se agregó un aroma delicioso que comenzó a esparcirse proporcionándonos, inexplicablemente, —según nosotros, pobres ingenuos— un estado de mayor soltura.

Pasados escasos minutos, descripciones exacerbadas nos hacían flotar, iluso público, entre los algodones de la realidad inducida por el sucedáneo inhalado y las imágenes proyectadas en uno de los muros, ambos danzaban felices en nuestras neuronas que se dejaban balancear por aquella corriente sutil creada por las palabras de los vendedores.

—Ahora contemplen la caída de La Quebrada —dijo eufórico el animador—. ¡Excelente clavadista!

Una exclamación de sorpresa se dejó escuchar al unísono.

—Pero, ¡tome la mano de su compañera, de su compañero! —alentaba la voz. ¿Cómo disfrutar de todo esto solo? Acapulco se hizo para dos.

Hermosos paisajes soleados, la zona hotelera y algunas aves tropicales, desplegaban su gracia frente a cada uno de nosotros. El tipo de a lado alargó su brazo peludo para encontrar mi mano. Yo hice el esfuerzo por ignorarlo y tomármelo a la ligera; quería saber en qué terminaría aquello.

Mi mente oscilaba entre las imágenes creadas por aquellas voces y la oficinucha donde nos encontrábamos. Noté que algunos de los espectadores alcanzaron tal grado de arrobos que, prácticamente, yacían desparramados en las sillas. Yo, a medias consciente, me empeñaba en seguir el juego por temor a las represalias por parte de los

que, sucio o limpio, solo hacían su trabajo. El “viaje” se extendió entre nosotros, nadie sabe cuánto duró.

—La agencia de viajes México le agradece su preferencia —dijo la voz al final—. Su importe total es de trescientos pesos. Esperamos vuelva pronto, y recuerde: ¡Le ofrecemos los mejores viajes al mejor precio!

En voz baja, ofendida y asumiendo su complicidad, le dije al peludo que algo debíamos hacer, ¡no podíamos permitir que nos vieran la cara de ese modo! Claro, más de uno de los timados se levantaría furioso para arremeter contra los truculentos agentes de ventas, entonces, entre todos, haríamos que se arrepintieran de tratar de extorsionarnos así. ¡Y si pasábamos la voz, incluso podríamos armarles un escándalo, presentar una denuncia y hacer que cerraran esa maldita oficina engaña pendejos!

El tipo me miró con incredulidad, parando en seco mi perorata con un simple y ágil movimiento, sacó los tres billetes de cien pesos del bolsillo de su camisa y los entregó rebosante de satisfacción a uno de los vendedores. Uno a uno, los otros cinco hicieron lo mismo.

La operación

Conchita dijo que no había manera de solucionar aquello, lo único que quedaba era la resignación. La veinteañera había subido a su perfil de Facebook todas las fotos de su romance. No cabía duda, el tipo era Benjamín y vivían un idilio. Era una chica de buen ver, estaban casi desnudos y el beso ocupaba el primer lugar entre las imágenes de la cadena de amigos.

—Pero la culpa la tiene la operación —dijo mi amiga, consternada como nunca.

Supe que era el momento de volver a vernos. Conchita, la del peinado re-lamido y la trenza eterna, después de más de diez años, apareció con el ca-

bello suelto que, para mi sorpresa, era ondulado. Sus rasgos, en cambio, permanecían intactos.

El día del reencuentro caminábamos por las calles de su pueblo natal y bajamos la pendiente hacia el ojo de agua. La plática, un tanto superficial al principio, tuvo un giro repentino hacia la diferencia que existe entre el pensamiento de nuestros años de estudiantes y el que se tiene después de los treinta. La pareja estable, los hijos y hasta el perro en el patio, resultaron cualidades que ninguna de las dos teníamos.

Al llegar al ojo de agua, ocupamos una de las bancas del parque. Era la estación en que corrían riachuelos transparentes y las aves del medio día aún trinaban desde los sauces.

—Antes de la relación, Benjamín fue mi paño de lágrimas —dijo Conchita mientras la mirada se le iba tras una pareja que jugueteaba por uno de

los senderos—. Siempre me decía que se preguntaba cómo era posible que fulano o zutano fueran capaces de hacerme tal o cual cosa, si para él yo era una persona valiosísima. Y al final, terminó por hacerme lo mismo.

—¡Qué incongruencia! —respondí.

—Y ya sabes. Resultó ser de esos que te dicen que te regalarán la luna y las estrellas. Lo cual parece fácil.

—¿Qué?

—Regalar lo que no es tuyo.

Ambas sonreímos. Las horas avanzaban y el viento desprendía el polen de las flores de ciertos árboles. El medio día daba paso al atardecer cuando el tono de Conchita se volvió confidencial:

—El día de la operación temí que algo horrible sucediera y que eso nos separara para siempre. Ya sabes, una complicación y adiós, se acabó la historia. Y es que, ¿sabes?, hubo algo que solo con él pude hacer.

—¿Qué?

—Escuchar el silencio. Con otros hombres era pesado, algo incómodo, como un vacío en el que te hundes; con Benjamín en cambio, podía escuchar el silencio y era como una parte más de la conversación. Lo que más lamento es haber perdido al amigo. Insisto, la culpa fue de la maldita operación. Todo iba bien hasta ese día.

Me pregunté cómo era posible que una intervención quirúrgica pudiera causarle tal infortunio a mi amiga; ¿qué parte de ella había sido modificada a tal grado que hizo que el hombre amado la abandonara? ¿No bastaban sus cualidades espirituales para lograr que el tal Benjamín permaneciera a su lado?

—El problema es —dijo ella con viveza—, que solemos utilizar ciertos órganos del cuerpo como depositarios de las emociones. Se dice que el rencor

afecta el hígado, por eso se cancera, al igual que el estómago. Los pensamientos negativos se albergan en la cabeza y la consecuencia inmediata es la jaqueca. Y los sentimientos, claro está...

—Le pertenecen al corazón —la interrumpí. Completar sus frases nunca había sido difícil.

—Así es. Y de ahí que algunos sufran un infarto por la violencia de alguna impresión. Y todo tan lógico, hasta que apareció la excepción a la regla: la vesícula.

—¿La vesícula?

—Claro. Benjamín era bueno, tenía detalles conmigo, me llamaba, y sobre todo, siempre me decía que era yo una persona valiosísima. Le extrajeron la vesícula y entonces inexplicablemente todo cambió; como si su amor por mí no radicara en su corazón sino en ese órgano.

Aquello me pareció absurdo.

—¿Y qué hay de la veinteañera? — pregunté, asombrada por su intención de mostrar una percepción tan poco sincera de la realidad.

—¿La veinteañera? Nada. Su presencia es solo un incidente. Se trata de una de esas mujeres fáciles de las que pronto se cansan. ¡No, todo es culpa de la maldita operación y de la maldita vesícula, nunca debieron habérsela sacado! —respondió con furia. Entonces estalló en un monólogo. Formaba extensas *es* y tubulares *us*, envuelta en los mismos ademanes que hacía años atrás; y volví a ver el mismo rostro que lonio y su espalda curva en forma de caparazón, su estatura baja y su complexión gruesa. No cabía duda, era Conchita.

El parque del ojo de agua poco a poco se quedaba vacío y yo tenía que alcanzar el último autobús. Nos despedimos con el gusto de haber vuelto a

vernos y esta vez prometimos no dejar pasar tanto tiempo. Días después recibí su llamada:

—Acabo de enterarme de que Benjamín va a ser papá. Necesitaba contárselo a alguien.

Conchita no era la madre de la criatura, por supuesto. Escuché el silencio que dejó que se hiciera en el auricular y, sin saber cómo hacerla sentir mejor, solo dije:

—Maldita vesícula.

Los enredos burocráticos de la Muerte

La Muerte decidió retirarse. Todos parecían haber olvidado el destino común inevitable y la solemnidad de la ceremonia póstuma.

—¡Estoy harta! —se dijo—, todos me odian y me consideran un castigo. Quiero ser algo bello.

Fue así como, después de tantos siglos, dejó todo atrás y comenzó de nuevo. Se alació el cabello, esmaltó sus uñas, se puso algunos accesorios en las manos y el cuello, tomó un bolso y se dispuso a buscar un nuevo empleo; uno donde fuera valorada. Caminó por la gran ciudad hasta que sudó. Al principio le sorprendió la sensación, luego terminó por acostumbrarse, igual que

al dolor de pies después de recorrer tantas calles. Aquello no era fácil. Al fin llegó a la oficina gris y extendió su currículum junto con el anuncio circulado con marcador negro.

—Mmm, así que usted tiene experiencia en registro y seguimiento de cadáveres —leyó el administrador de mala gana y, pensando que aquellas líneas se referían a un empleo en clínicas forenses, dijo:

—Lamento decepcionarla; nuestro anuncio ya no está vigente. La persona que ve usted al fondo del pasillo estuvo a punto de renunciar por una enfermedad, pero al fin se repuso y no necesitamos más personal.

La Muerte disimuló su ira con una sonrisa. Desde lejos miró los zapatos ridículos, de tacón mediano, que contenían los pies de aquella burócrata regordeta. Esta posaba sus nalgas en la minúscula silla de rueditas metálicas a

punto de estallar.

—Me gustaría, de todas maneras, dejar mis documentos —susurró la Muerte.

—No lo considero necesario. Pero si usted insiste...

El hombre tomó el fólder con fastidio y lo puso encima de un viejo legajo que, a juzgar por la capa de polvo, no había sido movido en meses.

Más tarde, a solas en su departamento, la Muerte cavilaba: “Ya no quisiera volver a hacer esto, prometí retirarme del oficio”. Sin embargo, hizo los conjuros pertinentes y se justificó a sí misma al considerar que su acto en realidad no ocasionaría una gran pérdida. “Hay gente más valiosa”, concluyó.

Al otro día, la señorita Melissa Mánser amaneció muerta. Nadie se lo explicaba. Aún no terminaba de correr el rumor matutino cuando la Muerte apareció radiante por la oficina:

—Pasaba por aquí y quise ver si ya tendrían alguna vacante —dijo con disimulo.

El hombre que la había atendido apenas un día antes, se sorprendió ante la inusitada oportunidad. Se mostraba solícito; el fallecimiento de la secretaria anterior le ocasionaba un problema de búsqueda y colocación del reemplazo.

—Hay un puesto que se ajusta a su perfil —agregó. Aunque no dejaba de advertir que había algo raro en la candidata. Al fin, decidió contratarla.

La Muerte archivaba, transcribía memorandos, le daba largas a la gente; todo a favor de los intereses de la empresa. A la hora del almuerzo, tomaba solo una taza de café y se incorporaba de nuevo a sus actividades. Nadie ponía tanto empeño en el trabajo como ella. Algunas veces, desde lo más hondo de sus recuerdos, emergían las muecas y el llanto ocasionados por su

presencia en su trabajo anterior:

—¡Maldita Muerte! —escuchaba decir a los familiares del difunto mientras sollozaban de impotencia. Entonces, capturaba los datos con mayor velocidad y los documentos se atoraban en sus flacos y tambaleantes dedos. Aquellas imágenes se esfumaban y volvían los sonidos de la oficina, así como el olor de la cafetera que, por fortuna, ya no pertenecía a un funeral. Suspiraba con alivio y continuaba con su rutina. Todos estaban pendientes de la hora. Ella no, ella era eterna.

Mientras tanto, el tiempo en el mundo se convirtió en un enorme bloque sin principio ni fin. Los pacientes terminales de las clínicas engrosaban estadísticas sin precedente; los empleados de funerarias y crematorios anunciaron su inconformidad por los injustos despidos sin liquidación; los familiares de aquellos que convalecían

en casa, se consumían al encontrarse ante enfermedades perpetuas; los morosos vivían una furiosa lucha contra sus acreedores, a quienes, hasta entonces, habían contenido con el argumento de que pagarían sus deudas en cuanto recibieran la herencia de un pariente. La vida se convirtió en un latir eterno. Nada podía ser aniquilado; plantas y animales se reproducían en una euforia desquiciante y los maltrechos cayeron en una depresión más profunda al pensar que tendrían que arrastrar sin descanso sus partes torcidas y sus muñones.

A pesar de percibir tan solo un sueldo promedio, la Muerte abrió una cuenta bancaria y comenzó a ahorrar; eso la hizo feliz. Incursionó en el mundo de los pequeños placeres: se descubría poco a poco a través de compras, restaurantes, paseos dominicales y caprichos. No se arrepentía en absoluto de haber tomado aquella última

vida; la gorda no hubiera sido capaz de disfrutarla tanto como ella. Además, si consideraba la cantidad de vidas tomadas a lo largo de su carrera, no había de qué preocuparse, todas ellas la habían alimentado, tenía tiempo para disfrutar.

—¿Dónde está la Muerte? —Se oía inquirir por todas partes.

Los representantes de todas las religiones que prometen la vida en un reino ultra terreno, fueron acusados de mentirosos: ¿Acaso no era la Muerte la puerta hacia ese *cielo*? Y, si ya no había tal, ¿qué caso tendría entregar en vida la fe a cualquier credo?

Los ciclos naturales se habían alterado; cada vez que algo o alguien alcanzaba la decrepitud, permanecía ahí, nauseabundo y estático. La Muerte mientras tanto, experimentaba una transformación de la cual ni ella misma era consciente.

Sin embargo, una tarde, mientras caminaba sin rumbo después de su horario de trabajo, tuvo la sensación de que algo en ella era por completo ajeno al resto de los seres. Era como empeñarse en formar parte de una planilla en la cual su figura no correspondiera con ninguno de los espacios. A partir de ese día su presencia se tornó mínima; entraba en los establecimientos y era la última en ser atendida a pesar de su estatura; tomaba el autobús en la parada más concurrida para evitar que el conductor pasara de largo creyendo no ver a nadie. El colmo fue la indiferencia con que todos comenzaron a tratarla en la oficina: sus compañeros depositaban los documentos sobre el escritorio sin dirigirle la palabra. Era como si, a pesar de haber ocultado su identidad, no pudiera evitar que, por instinto, ellos reconocieran que la Muerte estaba dejando de ser. Aquello le pareció grave.

Ya nadie hablaba de ella. El mundo se resignaba a su pérdida y a la perpetuidad y, paradójicamente, mostraba recelo por el abandono de parte de aquella a quien, en otro tiempo, había condenado.

La Muerte sentía caer sobre ella una sombra inclemente. Se veía aplastada bajo la lápida del olvido y creyó que eso era lo más cercano al limbo. De seguir así, se convertiría en un ánima sin tiempo que reptaba con cuerpo entre los humanos.

Ese sábado se respiraba una paz matinal y la Muerte daba un paseo por un parque de la ciudad. Había exceso de aves como de otros animales y todo parecía regido por un nuevo orden. Se sentó en una de las bancas y, por primera vez en años, se detuvo en contemplación; supo que esa realidad antinatural era abominable. Sintió asco. Luego la invadió el vacío, la sensación

de que su vida se había convertido en algo por completo inútil.

Al instante se puso de pie y corrió hacia su departamento, preparó de prisa lo necesario para el ritual. Se rehusaba a perder su esencia, así que, esperó con ansiedad la hora conveniente. Llegado el momento, pronunció los decretos. Esa misma tarde las funerarias y las morgues volvieron a funcionar, los noticieros y los diarios se disputaban la noticia.

—No creo que tener los dos trabajos sea tan complejo —pensó alegre la Muerte.

Se encontraba en lo más arduo de la jornada en la oficina cuando, venida aparentemente de la nada, una ráfaga helada la invadió desde la planta de los pies escuálidos hasta la cabeza. La Muerte se estremeció:

—Pero, ¿qué es esto?

Al instante se encontró con aquella

risa sórdida y la mirada de odio. Fue lo último que vio. Al otro día, el rostro anguloso con algo de maquillaje y el cuerpo enjuto vestido a la moda, eran cubiertos con una sábana blanca y sacados del lugar.

Mientras tanto, una mujer regordeta con zapatos de tacón del tres y medio se deslizaba veloz por las calles de la ciudad en espera de la primera hora de las oficinas. Se introdujo en aquél edificio por una de tantas puertas y llegó hasta la oficina gris, se acomodó el cabello con las manos pálidas y dijo con aplomo:

—Vengo por la vacante de secretaria.

Las malas lenguas

Decían que a Marcela y a mi comadre, les daba miedo que llegara la noche. A penas empezaba a oscurecer cuando se miraban una a la otra y hacían una mueca. Al principio no se lo dijeron a nadie, ni siquiera al comadre, que a veces no se quedaba ahí, por el trabajo. Le dijeron que a partir de ese día Marce dormiría en el cuarto con su madre por si en la noche le daba algún dolor y él no estaba para ayudarla. Nada más. Ya solas las mujeres, empezaron a oír los ruidos.

Mi comadre decidió que a la niña, la hija de Marce, tampoco había que decirle nada, no se fuera a enfermar de espanto; que había que ponerle un lis-

tón blanco y una imagen de la Virgen sujetos con un segurito, para protegerla. Pero Marce no quiso:

—Si el segurito se abre de repente, le puede dar un piquetote a la niña y yo no tengo tiempo de llevarla con el doctor. Mejor cuélgale una medalla.

Dicen que las primeras veces que se le cargó el muerto a mi comadre, gemía de miedo, luego se revolcaba en la cama como si algo le apretara el pecho. Entonces Marcela, que ya sabía qué hacer, la despertaba de inmediato. Sucedió de tres a cuatro noches por semana hasta que, bien o mal, comenzaron a acostumbrarse. Las pláticas en la madrugada eran *el pan nuestro de cada día*, y todas sobre las cosas que hacía y decía la entidad –comenzaron a llamarle así después de consultar a una curandera que les dijo que esa era la mejor forma de nombrar a esos seres para no entrar en detalles–. Lo malo es que al otro día

la pobre Marce tenía que levantarse bien temprano para ir a trabajar toda desvelada.

Decía mi comadre que la entidad era varón, y que incluso ya le había visto los rasgos y se parecía a los hombres que habían habitado la casa. Cómo no iba a saberlo ella, si tenía años viviendo ahí.

Desde que entró en el vestíbulo por primera vez de la mano de su padre, se quedó pasmada y dijo que no le gustaba esa casa. Antes de vivir en ella, había soñado un remolino que la elevaba por los aires y la familia ni en cuenta. Y ni qué decir cuando les mostraron la parte de atrás; dicen que casi se cae cuando vio los muros y las puertas, que porque en el sueño, ese era el lugar a donde el remolino siempre la iba a aventar. Le hizo una rabieta a su padre, pero solo consiguió unos coscorrónes. Don Rufino se los llevó a todos para

allá y ahí crecieron, arrumbando de cuarto en cuarto las fotos de los antiguos dueños, mismas que, por respeto, no querían tirar a la basura, pues como fuera, se trataba de su propia sangre.

Una tarde mi comadre le gritó a Marce que saliera rápido a ver la flama de la vela del altar de la Virgen. Decía que se movía hacia los lados como si bailara. Cuando Marcela se asomó, la vela estaba con la flama recta. Eso sí, después de las diez no faltaron los ruidos.

Pero la cosa empeoró cuando la comadre decía que tenía la voz del espíritu en su oído varias veces al día, como si éste anduviera pegado a ella por toda la casa, y cuando pasaba por enfrente de la pileta, el perro aullaba como si viera a la mismísima Muerte. Esos fueron los peores días, porque dicen que fue cuando la comadre comenzó a ir hacia el cuarto de enfrente, el que está

casi en la entrada principal y lo hacía como bajo un trance, decía que la entidad le ordenaba ir ahí.

—Mamá, debes tener fuerza de voluntad y no permitir que el espiritillo ese te mangonié—le decía Marce, que ya lo único que quería era dormir.

Pero mi comadre creía que se trataba de un aviso, y ya más en su juicio, decía que tal vez la entidad la dejaría en paz si prestaba atención al mensaje que tenía que darle desde el más allá.

Por esos días las dos ya habían ido a ver a varios padres para que les fueran a bendecir la casa y terminar con eso. Todos les dijeron lo mismo: que les hacía falta rezar y que estaban lejos de la mano de Dios. Pero por más que la comadre rezaba, las cosas seguían igual. El acabose fue cuando ya mi comadre decía con toda claridad lo que el espíritu le ordenaba:

—Vente conmigo.

Y según Marce, cuando ella despertaba a su mamá en la noche durante las pesadillas, mi comadre tenía el rostro transfigurado, como si ya no fuera ella. Ahí fue cuando se empezó a alarmar; dijo que no fuera a ser que la vieja hiciera una barbaridad en cualquiera de esos ratos en que ella la dejaba sola para irse a trabajar.

—Mi madre dice que aquí hay una puerta que viene del más allá —me dijo Marce una vez que pasé a verlas.

—Y tú, ¿qué crees?

—Qué va madrina. Mi mamá dice que esas entidades andan como en su casa. Oigo los ruidos sí, pero pues ¿qué me hacen?, de ahí no pasa. La que me preocupa es mi mamá.

Marce es de esas mujeres de carácter que casi no sueñan mientras duermen. Ella mejor piensa en un mejor sueldo o en cómo hacerse de un carro para que ya no la humillen las del trabajo, tam-

bién en cómo costear la demanda contra el padre de la niña, que las abandonó. Que yo sepa nunca se le oye decir con cara de asombro que soñó por la noche tal o cual cosa. Necesita más bien que su mente no pierda el tiempo en necedades, descansar y amanecer bien repuesta.

Pero, en fin... dicen que el perro se chupó, en cuestión de días. Lo tenían amarrado al tronco del árbol porque no había otro lugar mejor donde tenerlo, pero le daban su comida, su agua. Aquello era inexplicable. Y así, igualito que el perro, se empezó a chupar también mi comadre; de bolondita que estaba, se volvió flacucha y ojerosa. Alguien le dijo a Marce que tuviera cuidado, que algo raro le pasaba a su mamá, que no se la fuera a llevar el muerto. Ella, contrariada, no sabía ni qué contestar. Dicen que esa noche se armó de valor y le gritó a la entidad

cuanta cosa:

—¡Órale, si tan cabrón te sientes, entonces ven por mí y deja de estar chingando a la vieja!

Se fue a dormir como si nada. Entonces, por fin soñó: se levantaba despacio de la cama y salía hacia el cuarto junto al altar, ahí la jaló un remolino. Empezó a ver toda la casa diferente, las paredes eran estelas de colores brillantes y las puertas eran como entradas hacia otros lugares. Al amanecer, por primera vez en muchos años, contó un sueño. Mi comadre estaba sorprendida, eso dijo luego ahogada en llanto, porque a ella ya le había pasado lo mismo, pero ella sí habló bien con ellos, los del otro lado.

Una noche después, a la que soñó fue a Marce: que se sentaba junto a ella en el borde de la cama y acariciaba sus canas, pero el colchón no se sumía, como si mi ahijada fuera de humo. Mi

comadre despertó ya tarde al otro día y fue hacia la cocina; la niña, sentada solita frente a la mesa, intentaba abrir un paquete de leche. La ayudó y se fue al altar de la Virgen para cambiar el agua y las flores. Se dio cuenta de que Marce no se encontraba ahí ni en el cuarto de la entrada ni en el baño. La fue a buscar al lugar del perro por si había ido a darle de comer. El perro estaba muerto. Ella se asustó y corrió de nuevo a la cocina:

—¿Y tu mamá m'hija?—le preguntó alarmada a la niña.

—No sé —contestó con el cereal en la boca. Se notaba que nadie la había ayudado a vestirse, traía toda la ropita al revés.

Dicen que hicieron las investigaciones. Nadie dio razón. Y como los del ministerio público no creen en apariciones, se llevaron a mi comadre y le entregaron la niña al DIF.

Desde su celda, mi comadre sueña seguido a Marce, le reza para ver si de vez en cuando se acuerda de ella y de la niña y las visita. Diario le pone su veladora y llora, porque dice que la cosa era con ella, pero no tuvo el valor. Que cuando ellos vienen, ya no quieren regresar solos. Y pues ni modo, o se llevaban a Marce o era a la niña.

La hendidura

I

Aceptamos la casa porque necesitábamos más espacio. La anciana dijo que no encontraríamos mejor precio si considerábamos la ubicación y el tamaño. Seríamos los segundos inquilinos. De los alacranes no dijo nada.

—No es fácil encontrar una oportunidad como ésta en la ciudad, ¿la toman o la dejan?

—La tomamos —dijo sin pensarlo.

Ya no quería vivir en la casita naranja que era un horno, además había que compartir los servicios del patio con otras dos familias y esto incluía el baño.

—Desde un principio el plan era rentar estas casas y así tener un ingre-

so para pasar mis últimos días, no vivir en ellas ni heredarlas a ninguno de mis hijos —agregó doña Angélica—, además quise aprovechar el terreno de la mejor forma.

Imaginamos que por ello mandó construir las dos casas iguales. Lo que resultaba extraño era que, la distribución de la otra casa, como más tarde nos enteramos, correspondía exactamente con la de la nuestra pero a la inversa. Esto es, si se tuviera la posibilidad de despegar las casas y se les pusiera una frente a la otra, sería como estar ante un espejo y ambas formarían una sola, en la cual se complementarían los cuartos, la cocina y el baño. Las puertas de entrada ensamblarían con tal exactitud que se podría pasar con libertad de una casa a la otra.

—La casa de al lado está ocupada por una familia como la suya —aclaró—. Cuando vi que también ustedes

son tres, pensé que podrían llevarse bien.

Dicho lo último puso las llaves en mi mano y se despidió con un destello en la mirada.

Le llamamos “la casa gris”, pues ese era su color y era un enorme rectángulo que evidenciaba la ausencia de un arquitecto profesional. Había sido construida a capricho de la anciana. El espacio era demasiado para una familia tan pequeña como la nuestra, sin embargo, ya teníamos en mente cómo utilizarlo. Pusimos nuestras escasas pertenencias en medio de la que supusimos sería la sala. En el segundo piso colocamos solo la cama, ya ocuparíamos después el resto. El color haría lo suyo; el fondo gris era perfecto para enmarcar una especie de galería casera, y por fin tendríamos un estudio. También se podría improvisar un área de juegos para la niña. El patio,

aunque angosto, sería apropiado para poner todas las cactáceas que viajaban con nosotros. Por fortuna, el piso amarillo ayudaba a dar un poco de vida al gris de los muros. Además, doña Angélica había dejado espacio para que creciera un árbol de naranjas que le daba un toque pintoresco al lugar. Una vez establecidos, escuchábamos distintos tipos de música para hacer la vida más amena, quemábamos incienso. La casita naranja había quedado atrás, la recordábamos entre risas y hacíamos bromas aludiendo al *voyerismo* del cual fuimos objeto más de una vez. La nueva casa sí tendría nuestra esencia en cada rincón.

Doña Angélica nunca dijo que fuera necesario realizar ninguna reparación, sin embargo, el segundo piso tenía hasta el fondo del último cuarto una abertura rectangular sin razón aparente. Se encontraba en la parte superior

del supuesto clóset que no era más que un remedo de espacio tan angosto que podría servir para colgar cualquier otra cosa menos ropa. En un principio, pensamos que esta rendija no tendría por qué ser un problema: proporcionaría ventilación durante la temporada y, con el cambio de estación, habría que sellarla. A falta de muebles, acomodamos ciertos tapetes y cojines esparcidos por toda la planta baja. Comenzamos a cultivar esa clase de acciones simples que terminan por volverse sagradas: las tardes de Roberto al pintar bajo la escasa fronda del naranjo, mis lecturas en la soledad del estudio, los momentos tan íntimos que hacen dos sillas y la carriola de una niña alrededor de la pequeña mesa rectangular. Esto conformaba lo que éramos, nos alimentaba.

Suponíamos la presencia de nuestros vecinos, tan solo por el portazo de

la mañana o por el abrir y cerrar forzados de alguna ventana. Desde nuestra casa paralela, no alcanzábamos a ver más que el resplandor efímero de la luz que salía de alguna de sus habitaciones y se reflejaba en la barda. La primera impresión sobre ellos al fin ocurrió: un día, al llegar ambas familias por azares del destino a la misma hora, tuvimos escasos segundos para mirarnos cara a cara mientras se abrían las puertas. Alcancé a observar la personalidad rígida y el atuendo de mi vecina. Noté que ella también recorrió de arriba abajo mi persona y entró a su casa con la sonrisa sarcástica. El vecino saludó con indiferencia y se apresuró a entrar para encender el televisor, casi tumba a la mujer a su paso. Luego, ella volvió a salir para meter la carriola con su único hijo. Lo habían olvidado.

Ese día apareció el primer alacrán, su figura se dibujaba con elegancia en

uno de los muros. Confieso que en un principio su belleza nos hechizó, decidimos no hacerle daño. Lo sacamos de la casa y lo dejamos vivir. En ese instante no asimilamos los alcances de su presencia. En días posteriores, con el ambiente como un caldo en el cual nadábamos nuestro fastidio, nuestra hija pequeña no tenía paz en ninguna parte, su único consuelo consistía en andar descalza y semidesnuda por todo el lugar. Una de esas tardes, a escasos centímetros de ella y sus juguetes, el arácnido esperaba.

—¿Atatán? —preguntó, mientras lo señalaba llena de curiosidad.

El espécimen, sin embargo, no elevó el aguijón hasta que sintió la vibración de mis pasos rápidos hacia la niña. Al moverla de ahí, un segundo alacrán se hizo presente.

—No quisiera matarlos, pero es mejor prevenir que lamentar —dije al

asestar el golpe certero sobre cada bicho. Eran hermosos pero su veneno inyectado en el cuerpo de un humano de corta edad podría ser mortal.

El riesgo era inminente. Desarrollamos una agudeza para detectar su vibración aún antes de poder verlos. Cuando lo contamos a alguien ajeno a la familia, dijo que aquello era imposible. Sin embargo, llegamos al punto en que, a un simple giro de cabeza, nuestra vista se posaba sobre uno de ellos. Pero la experiencia más significativa ocurrió el día en que, aún después de dar muerte al “alacrán de la noche”, no lográbamos conciliar el sueño. Roberto se movía de un lado a otro con desesperación. Al fin brincó de la cama, encendió la luz y volvió a buscarlos. Esa vez, el instinto lo movió hacia la cama de la niña: detrás de la cabecera, dos alacranes palpitantes esperaban el momento preciso. Una vez más la intui-

ción había salvado la vida de nuestra hija, pero sabíamos que la suerte no siempre sería tan benevolente con nosotros. A partir de esa noche, varias de nuestras acciones giraban en torno al arácnido que tarde o temprano aparecería. Su presencia se convirtió en algo tan seguro como el cansancio de nuestros cuerpos. El alacrán formaba parte de nuestra rutina.

Ciertos comentarios de los vecinos en el patio, nos hicieron saber que nuestra familia no tenía nada en común con la suya a excepción del número de integrantes. Y que, si su único hijo continuaba con vida, no era más que mera casualidad pues, enfrascados, él en la empresa y el fútbol, ella en el consumismo y las telenovelas, no había un momento para prestarle atención. No entendíamos como había logrado sobrevivir a los alacranes. Supimos también, dato curioso, que la hendidura de nues-

tro supuesto armario se conectaba con un enladrillado que unía ambas casas. Lo más desagradable era que la información que entraba a través de esa rendija era una especie de veneno que, a decir verdad, no estábamos interesados en absorber; los comentarios de los vecinos eran siempre críticas mordaces hacia todo aquél que tuviera la mala fortuna de codearse con ellos. Sus conversaciones eran agrias; el niño siempre irritable, lloraba varias veces al día. Fue por ello que decidimos cubrir la hendidura; improvisamos un tablado hasta tener la posibilidad de conseguir los materiales para taparla bien.

Con los días supimos que no era posible aniquilar tanto bicho, ¿por dónde entraban? Culpámos a la hendidura mal reparada, no ignorábamos que cualquier rendija era una probable entrada. Tuvimos la impresión de ju-

gar un juego en el que éramos nosotros quienes pagábamos el alquiler, pero ellos, libres de las leyes humanas, se movían en su territorio; nos convertían en intrusos a quienes acechaban. Seguro había instantes en los que escapaban de nuestra vista, entonces, ejercían su marcha eterna de muro en muro, luego de casa en casa, pues los vimos andar de aquí para allá sin parar, como si llevaran o trajeran algo. Quién iba a decir que muy pronto lo inexplicable tomaría forma.

Aquél sábado caluroso tuve el repentino deseo de un vaso de naranjada. Desde el balcón del cuarto, vi cómo un alacrán se escurría por la rendija (no alcancé a deshacerme de él, fue más ágil que yo). Horas más tarde, el vecino llegó a su puerta. Le decía a su mujer de la *high society* que no se explicaba por qué tuvo el impulso de comprar doble galón de naranjada si siempre llevaba

solo uno. Ella ni siquiera respondió.

Dos días después fue mi cumpleaños. Roberto salió determinado a intercambiar ciertos materiales orgánicos por un juego de joyería artesanal que había prometido regalarme. Al atardecer volvió de nuevo con los materiales y argumentó haber perdido la intención de forma inesperada. Afuera, la vecina lucía radiante mientras tomaba el sol en el patio. Portaba un juego hermoso de joyería fina mientras al teléfono comentaba:

—No lo vas a creer, Pepe me trajo unos aretes y un collar padrísimos. Es el primer regalo que me hace en mucho tiempo. Ni el día de las madres ni en mi cumple me dio nada.

Algo en nuestros días cambiaba, pero no había tiempo para pensar en ello. Teníamos que solucionar nuestra situación económica y estar siempre pendientes de los alacranes. La forma

en que proliferaban nos obligó a usar un repelente contra insectos, pero por más que lo aplicábamos, no daba resultado.

Las cosas se tornaron aún más extrañas el día en que Roberto salió de la ciudad y le pedí un ramo de ciertas flores que solo se dan en otoño. Para conseguirlas no había que desviarse demasiado, bastaba con bajar a la orilla de la carretera. Aunque en realidad la petición era algo innecesario, pues él siempre se detenía a recogerlas, luego entraba corriendo a la cocina para ponerlas en el florero con agua que ya debería de estar sobre la mesa. Me quedé estupefacta cuando vi correr al vecino con sus zapatos de oficinista desde la entrada del angosto patio hasta la puerta de su casa, donde su esposa lo esperaba. Luego, se escuchó el tallo de las flores sumergirse de golpe en un recipiente. Después de semanas de igno-

rarse uno al otro, el ejecutivo siempre ocupado y adicto al fútbol y la mujer de mundo, se hacían caricias y se decían cositas.

Sería inútil enumerar los múltiples momentos en que los vecinos eran fotografías nuestras. Mientras tanto, Roberto y yo perdíamos la paciencia. La comunicación entre nosotros se enfocaba en los alacranes. Nuestros recuerdos se convertían poco a poco en imágenes cada vez menos nítidas. Las charlas tan extensas en los cojines del suelo, se tornaron largos silencios, el naranjo y las pinturas se quedaron inanimados, al igual que los libros. Roberto se hizo distante. Nuestros días se convirtieron en bloques monótonos. Las noches terminaban donde comenzaba el tedio de tener al lado el mismo aliento y el mismo rostro, la misma hija que no parecía cansarse de fastidiarnos al demandar cada vez más atenciones.

Y es que ya no podía divertirse con los escasos juguetes de su cuna o haciendo torrecitas con cajas de colores, era presa de la ansiedad. Una tarde, Roberto dijo que esperaba la entrega de una televisión tramitada a crédito. Era el colmo que se diera un lujo de esos considerando el sueldo miserable. Nuestros cambios parecían provenir de algún lugar que se encontraba más allá de nosotros mismos. Los alacranes seguían su marcha de casa en casa.

Tuve el deseo repentino e irrefrenable de consumir. Buscaba las grandes tiendas de ropa, calzado y accesorios de marcas de prestigio. Flotaba entre la gama de diseños y colores de aquella atmósfera. Me pareció extraño no haberlo notado antes: estaba hecha para formar parte de todo eso. Al llegar a la casa, sentí amargura por mi falta de recursos. Por primera vez después de tres años de matrimonio, me sentí

furiosa e impotente, le reproché a mi esposo su incapacidad de proveer a nuestra familia de una vida mejor. Mi frustración no tenía límites, nos convertimos en dos extraños. Desesperada, adquiriré una deuda enorme, solo así podría comprar todo lo que por tanto tiempo me había sido negado. Decidí modificar mi guardarropa; me deshice de inmediato de todas aquellas prendas y accesorios hippies que por tanto tiempo había utilizado: aretes, collares y brazaletes hechos por manos indígenas, sandalias con mandalas en los empeines. No entendía cómo había podido usar esa parafernalia de gusto tan ridículo. Me transformé, fue como dar un salto en el tiempo. Puse aquellas baratijas en una caja por fuera de la casa, tenía la intención de que fuera vista por los recogedores de basura o por el primer ropavejero que pasara por la calle. También deseché los coji-

nes y los tapetes e hice llevar muebles de verdad. Me hice adicta tanto a los programas de decoración de interiores como a los de belleza. Y dejé de complacer a aquella niña; una mujer como yo no podía perder su tiempo de esa manera.

II

Debido al amplio espacio que requiere mi guardarropa, decidí utilizar la habitación del fondo del segundo piso. Ahora tenemos la posibilidad de sellar la rendija, pero, ¿para qué? Encuentro siempre varios alacranes descansando cerca de ella, de pronto tengo la sensación de haber convivido con ellos toda la vida. En cambio a los vecinos deben molestarles, con frecuencia se les escucha quejarse de ellos y perseguirlos. Ya llega Roberto del nuevo empleo, las horas extra:

—No lo puedo creer, la vecina reco-

gió todas las cosas que saqué a la basura. Ahora se viste como hippie y sale a recibir al esposo. ¿Y ya viste la sonrisa estúpida que se carga?

—Déjame adivinar, ya no soportas a los vecinos, no podemos relacionarnos con gente como esa, la dueña debería tener más cuidado al seleccionar a sus inquilinos, de hecho deberíamos movernos de aquí.

—Nunca podemos ponernos de acuerdo y en cambio ahora me leíste el pensamiento.

—Lo que pasa es que, ver tanta mediocridad, también me enferma.

—Sí, además...

—Hoy juega la selección.

—Roberto... ¡Roberto, escúchame!

Ahora somos ajenos uno al otro. Las voces patéticas de los comentaristas rebotan en las paredes, igual que los noticieros o los *talk shows*. Los alacranes descansan tranquilos en las esquinas.

La Empresa

Es lo más novedoso en empleos.
La contratación masiva:
“Para asegurar el porvenir de
miles de familias”, dicen los
anuncios a nivel mundial.

Nos convocaron a las once. El auditorio está repleto, somos cerca de ochocientas personas. Las edecanes demuestran una amabilidad que por un momento me parece forzada; se mantienen cerca de las filas como si quisieran ejercer cierto control. El *staff* de la entrada se comporta con mayor aprehensión y la voz en el micrófono nos insta con frecuencia a ocupar

nuestro lugar para agilizar el proceso: cerrar las puertas cuanto antes. La Empresa nos dará la bienvenida.

Una vez que el cupo se ha completado, el instructor comienza a referirnos la “información básica”. Después de más de treinta minutos de una perorata inconsistente nadie sabe con exactitud cómo será el trabajo. Sin embargo, se trata de una reconocida firma a nivel internacional y estamos ante “La gran oportunidad”. Nada sería más negativo que permanecer estáticos en nuestras casas, el Estado nos necesita para superar la crisis mundial “Todos juntos”.

El trabajo requiere gran dedicación. Cada uno de los aspirantes ha sido “seleccionado cuidadosamente” para la labor que le tocará desempeñar. A cada quien se le ha dado por anticipado una clave que servirá para reclamar en el banco el monto prometido. Según dicen, justo en este instante, mientras el

instructor habla, ya debemos contar todos con la formidable suma en nuestras cuentas personales. Aseguran que podemos confiar en ello.

—Claro, una empresa como ésta no se desprestigiaria por fraude a unos asalariados:

Desde el asiento de atrás se escucha a una mujer emocionada por el negocio que emprenderá con ese dinero. Lo visualiza con tal nitidez que logra detonar los sueños y anhelos de cada uno de los que alcanzamos a escucharla. Dice que al final valdrán la pena esos días que dejará de ver a sus hijos.

Sin dar tiempo a mayores cuestionamientos, nos dicen que hay que comenzar lo más pronto posible. Hay quienes insisten en ir primero a sus casas; hay que dejar algunas cosas listas antes de comenzar aquello pues, el contrato, señala un periodo de absoluto confinamiento, mismo que ter-

minará puntualmente el último día del tercer mes. Pero los integrantes del *staff* aclaran que, La Empresa, nos proporcionará el equipo y herramientas que nos hagan falta. Incluso habrá unos minutos para llamar a nuestras familias y resolver cualquier situación pendiente vía telefónica.

La cámara es heladísima. El equipo adecuado para esto no llegó nunca, nuestras ropas son las mismas con las que llegamos al auditorio. De pronto me pregunto si La Empresa realmente habrá realizado los depósitos. Siento esta profunda tristeza. El frío parece querer rompernos los huesos. Nadie podrá soportar esto más que unas horas.

—Ahí debe estar nuestro dinero. La Empresa es de prestigio internacional.

—No veo a la mujer emprendedora.

—Los huesos se congelan. Somos cerca de ochocientas personas.

Lo único que se ve alrededor son esos montones enormes de bolsas metálicas, con la única leyenda: “Nuevo combustible biológico”, sin número de registro, sin lugar de procedencia.

Carnaval

Má, présteme un vestido.
—¿Pa qué lo quieres?

—Pa'l carnaval.

—¿No se te hace suficiente lo que has hecho como para todavía ponerte un vestido de mujer?

—Nadie sabe nada, má. Ándele, présteme uno pa ir a bailar con las locas. Si no de todas maneras no faltará quien.

Doña Eustaquia lo mira de arriba abajo, contiene las lágrimas de impotencia y de rabia. Arrebata su rosario de la mesa, se pone un chal en los hombros y sale de la habitación. Placidio espera a que se vaya y toma un vestido rojo del armario de su madre. Lo extiende

sobre la cama y acaricia la pedrería. Va hacia uno de los cajones y sustrae la ropa interior y las medias negras. Los zapatos le cuestan más trabajo, sus pies son demasiado grandes. A pesar de ello logra encontrar unos que, aunque no totalmente de su agrado, combinan con el vestido. Por fortuna son bajos, con unos de tacón muy alto sería difícil andar. Placidio se asoma a la puerta y voltea hacia la esquina. Se integra a la comitiva, todos vestidos de manera similar, van por la calle en una variedad de colores y edades desde los seis años en adelante.

Las mojigangas de la fiesta de La Encarnación del Divino Verbo son las mejores de la región, van a verlas desde Santiaguillo, Munguía y La Purísima. Nadie quiere perderse el baile de las locas. Placidio lo sabe y es por eso que ha exagerado en su maquillaje y el tono de sus labios. Al llegar a la pla-

za, baila al ritmo de la banda, se deja ir con cada nota de la tuba y el clarinete. La gente no para de aplaudir. Quieren más. La banda los complace. Las moji-gangas se mueven y hacen que la gente de las comunidades que circundan la laguna, estalle en carcajada. Todas ellas compiten en gracia y en esa belleza grotesca de los varones que quieren parecer mujeres. Los niños miran divertidos el espectáculo y preguntan a sus madres si para el otro año también ellos pueden ser una moji-ganga.

Se anuncia un descanso y las moji-gangas entran en el kiosco de la plaza. Las autoridades han dispuesto que es el mejor lugar para ofrecer a los voluntarios un trago, para que sigan bailando y soporten el calor bajo el sol del medio día. Luego se amontonan en la pequeña entrada del kiosco que las hace ver como ratones. Una a una desaparecen por más de veinte minutos. Adentro,

circula de todo. Es la oportunidad perfecta para que los más jóvenes prueben lo que escuchan decir a los mayores que los pone bien locos. El pueblo, mientras tanto, se dispersa hacia los diferentes puestos de antojitos y hacia los juegos mecánicos. Luego, las moji-gangas vuelven a aparecer para bailar con más ganas. Después del pulque y la cerveza, algunas de ellas hacen movimientos cada vez más grotescos. Placidio se quita las medias y baila con desenfreno. Se siente libre y mueve la falda de su vestido para lucir sus piernas llenas de pelo, las pantorrillas endurecidas por el trabajo de campo. Se pone las manos enormes en las caderas y aprieta con ellas sus nalgas mientras se mueve con furor de un lado a otro. La multitud grita enardecida:

—¡Esa de rojo sí lo mueve!

—¡Bátelo, mama!

De pronto una tira de tela negra

asoma por una de las mangas del vestido. Placidio la arranca con fuerza y la chicotea en el viento. Algunas de las mojigangas más jóvenes se retiran del centro, dejan solo a las más grandes. La de rojo saca por debajo del vestido una segunda prenda negra y la azota con furia en el suelo. El grito de la multitud no se hace esperar. La banda toca desaforada. Placidio siente que los instrumentos están dentro de él, suda alcohol. Su madre mientras tanto, dentro de la iglesia y ajena al espectáculo, reza unas Aves Marías por su familia, por Placidio.

El cueterío se deja oír, la banda que no para, los gritos de euforia y otra vez el cueterío. Terminado el baile de las locas, se da por inaugurado el baile del pueblo, que es donde baila toda la gente de las distintas comunidades del municipio. Las mojigangas no volverán a aparecer sino hasta dentro de un

año. Placidio, ebrio de alcohol y de lujuria, va a donde ya saben los que son como él, a comerse unos a otros atrás de la casa parroquial, a ver si lograron jalarse para allá a alguno de los escuincles. Al dar la vuelta en la última calle oscura, una sombra envuelve el cuerpo de Placidio:

—¡Qué chulo te mirabas haciendo tus puterías desgraciado!

—¡Ora, espérese. Yo qué le he hecho! ¿Usted quién es pa tirarme al piso? —chilló Placidio al verse amagado.

—El padre de uno de los niños que te chingaste.

Placidio sintió cómo, de una patada, le sacaron el aire. La paliza sin piedad por todo el cuerpo, la oscuridad. Lo despertó la brisa fresca de la laguna. En la orilla, otro golpe terminó de desfigurarle el rostro.

—Ora sí, puto. Aquí se va a hacer justicia.

El vestido de su madre estaba desgarrado. En la oscuridad de la noche no podía distinguirse entre el rojo de la tela y el rojo de su sangre. La temeraria voz se dirigió a alguien que soltaba de la estaca una de las canoas más grandes:

—Sube otras dos piedras, una por tu hijo y otra por el de Zúñiga. Escógelas bien.

Los dos hombres sin rostro subieron a Placidio a la canoa. Amordazado, gruñía. Forcejeaba boca abajo y era inútil; sus amarras le parecieron brazos fuertes que lo sometían. Ahogado en terror, quería suplicar por su vida, pero su voz era acallada por la mordaza. Luego sintió las hábiles manos de pescador hacer ciertos nudos en sus pies, el peso de las tres piedras arrastrándolo hacia el infierno de agua. En el pueblo, la fiesta estaba en su apogeo: la algarabía de las campanas, la llegada de la última peregrinación, los fuegos

artificiales en el cielo de La Encarnación del Divino Verbo. La madre de Placidio, con el chal empuñado en el pecho, rezaba; ojalá que el hijo volviera a la casa al amanecer.

Índice

Agencia de viajes México	7
La operación	13
Los enredos burocráticos de la Muerte	21
Las malas lenguas	33
La hendidura	43
La Empresa	63
Carnaval	67

Carnaval, de Anilú Hernández Bastida
se terminó de imprimir en abril de 2019,
en los talleres de Editorial Los Otros Libros,
Pedro Hernández Valenciano No 36
Mineral de la Hacienda
Guanajuato, Gto.